

Hace que olviden á Dios.
Hace que menosprecien á la religion.

PROSPERIDAD.—Da á los malos facilidades para realizar sus malos designios.

Les alienta para obrar el mal por la impunidad de sus mayores pecados.

Les incita á procurarse reputacion en los crímenes por los aplausos que les granjea.

PROSPERIDAD.—Inclina á los malos á la sensualidad.

Les aleja de la penitencia.

Les induce á solicitar dispensas inmotivadas.

PROSPERIDAD.—Hace que los malos miren á los santos como gente inútil.

Les hace mirar á los licenciosos como personas necesarias.

PROSPERIDAD DE LOS PECADORES Y AFLICIONES DE LOS JUSTOS; véase: PROVIDENCIA.

PROSPERIDAD; véase: FELICIDAD.

PROVIDENCIA.

Tua autem, Pater, providentia gubernas.
Mas tu providencia, oh Padre, lleva el timon.

(SAN. XIV. 3.)

Hermandos míos, Alejandro de Macedonia era todavía jóven y habia conquistado ya la mayor parte del mundo conocido. Entónces empezó á inquietarse, y se decia á sí mismo: «Qué haré luego que haya conquistado todo el universo? ¿En qué pasará el tiempo?» Muchos

siglos despues se referian estas palabras á Augusto, y Augusto se admiraba. «No concibo, decia, cómo un hombre tan grande como Alejandro, no vió que habia cuando ménos, tanto trabajo ó tanta gloria en administrar y regir bien un estado, como en fundarlo y constituirlo.» La observacion era juiciosa; pues que en efecto, no basta fundar un estado, sinó que es preciso darle leyes sábias, una organizacion fuerte, imprimirle una impulsión duradera y dotarlo con elementos de estabilidad y prosperidad. Así pues, no habiendo tenido Alejandro tiempo de gobernar su imperio con sus poderosas manos, y darle esa impulsión tan necesaria, sus estados se desmembraron, y el cuerpo del conquistador no estaba todavía inhumado cuando ya los generales se disputaban las provincias conquistadas.

Ahora bien, hermandos míos, hay un fundador de imperios más antiguo, más grande que Alejandro, que Ciro y que Nemrod: este fundador es Dios; su imperio el cielo y la tierra. *Dominus fundavit terram, stabilivit celos.* «Dios fundó la tierra, estableció los cielos. (Prov. III. 19)». Si pues un conquistador vigila por la suerte del imperio que ha formado, con mucha más razon debe Dios cuidar, desde lo alto de los cielos, de este imperio que él mismo fundó, porque es el Dios sábio: *Dominus sapientia fundavit terram* (Isaú).

La Providencia divina, debe pues gobernar este mundo y ocuparse de él incesantemente y con gran solicitud. Hoy, hermandos míos, os hablaré de este atributo de Dios, y demostraré al mismo tiempo cuán consoladora y racional es la creencia católica, principalmente cuando se la opone á errores que la han combatido. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Qué es lo que enseña el dogma católico? Enseña, hermandos míos, que Dios, desde la eternidad, llevaba en su inteligencia infinita el plan que debia realizar un día; luego que hubo llegado el momento, de su buen grado, de su autoridad absoluta y sin ser violentado en nada, realizó su plan y formó todos los seres que constituyen el universo; mas como es sábio, porque es inteligente, debia proponerse un fin, pues no obraba á la casualidad y sin saber lo que hacia. Así pues, todos los seres que formó, caminan universalmente hácia un objeto fijo y determinado; pero no pueden marchar solos, porque toda criatura contiene en si una grande flaqueza, y los seres criados, muy lejos de poder marchar hácia un término tan excelente como el de la manifestacion de Dios y glorificacion de los seres inteligentes, no podrian dar un sólo paso, ejecutar un solo movimiento por sí mismos si la accion de Dios no influyera incesantemente sobre ellos. Luego

Dios obra sobre los seres, los dirige hácia un fin; y esa acción de Dios, ese gobierno es lo que designamos con el nombre de Providencia: es decir, que Dios, por su providencia, rige el universo y conduce todos los seres al fin para que los ha destinado; y como todos los seres vienen de Dios, como todos tienen un fin, síguese que la Providencia divina se extiende á todos en general. Dios fué quien estableció leyes fijas é invariables, según las cuales los astros que están sobre nosotros giran con perfecta armonía; Dios fué quien fijó al océano sus insuperables límites, y quien le dijo: Llegarás hasta allí, pero no pasarás más lejos; Dios hace que las estaciones se sucedan con orden perfecto; Dios es quien tiene en su mano los huracanes, las tempestades, la piedra, el rayo; quien las envía cuando quiere, quien las retiene y dirige, quien hace de ellas sus más dóciles servidores; Dios en fin, quien dió á la tierra su fecundidad, á la fiera de las selvas su sangrienta presa, al pájaro de los cielos el grano que le alimenta, al lirio de los valles su vestidura más brillante que el manto real de Salomón cuando éste se ostentaba en toda su gloria y esplendor. Pero el hombre es principalmente sobre quien la Providencia divina dirige sus paternales miradas; el linaje humano, sobre todo, es la grande preocupación de Dios. Aparte los crímenes de la tierra, exceptuando el mal que Dios condena, prohíbe, reprueba y anatematiza, nada sucede entre los hombres sin orden y concurso de Dios. Si los imperios se fundan, si se hunden estrepitosamente, si pasan á otras manos, Dios es quien preside estos cambios; si la prosperidad, la paz y la abundancia reinan en la superficie del globo, Dios es quien recompensa las varoniles virtudes de las naciones. Si, por el contrario, pesan sobre nosotros el azote y las calamidades, si algunas veces temblamos de espanto, Dios es quien extiende entónces su brazo para castigar los crímenes de la tierra. La Providencia alcanza á todo: ella es quien derrama sobre nuestra vida los bienes, los males y los dolores, y quien nos conduce á nuestro término por caminos que no conocemos y que muchas veces parecen alejarnos. Nada sucede en este mundo sin la orden de Dios; si la hoja se desprende del árbol, si la flor se marchita en su tallo, si el pájaro cae sobre la tierra, es por permission del Padre celestial. Esa providencia divina se extiende á todo: así abraza al ángel del cielo como al grano de arena; al astro brillante como á la flor de la pradera; á los imperios más vastos como á la frágil morada del pájaro.

2. Tal es el dogma católico; y digo, que este dogma es perfectamente racional y consolador. Es racional: en efecto, ¿qué cosa más sencilla que ver á Dios ocuparse de la obra de sus manos y regir el

estado que fundó él mismo? ¿Podemos acaso concebir otra cosa? ¿No es este un punto perfectamente claro y que no necesita demostración? Así que, un filósofo pagano decía que concebía mejor un ateo, un hombre que no cree en Dios, que no un hombre que, habiendo admitido la existencia divina, no crea en la Providencia: porque el que no cree en Dios, decía, niega de una vez por todas un Sér Supremo; mas el que cree en Dios y no cree en su Providencia, ese hace á Dios injusto, cruel, bárbaro; hace á Dios el enemigo jurado de la naturaleza. A pesar pues de esto, hermanos míos, se han encontrado hombres que han combatido este dogma sagrado, que han osado sostener que Dios habia dejado caer de su poderosa mano las riendas del universo, que habia entregado su obra á la caprichosa casualidad, que la habia dejado correr en el círculo de la fatalidad. Estas inicuas doctrinas fueron sostenidas en la antigüedad, y lo son todavía en nuestros días. Es muy difícil, por no decir imposible, lanzar una injuria más atroz á la faz del Omnipotente. En efecto, hermanos míos, es concebible que Dios, despues de haber formado tan gran número de criaturas, todas más bellas, más nobles las unas que las otras, haya dicho á las obras de sus manos: Ahora sea de vosotros lo que quiera, ya no me mezclo en vuestra suerte; camina de ruina en ruina en el desorden, espirad en las convulsiones de la anarquía, llenad el espacio con vuestros crímenes y de vuestros delirios: poco me importa! os rechazo desdeñosamente, no quiero velar sobre vosotros!....

Ciro fundó un inmenso imperio, y le dió leyes tan sábias, una organización tan fuerte, que no sólo durante la vida del héroe disfrutaron todos sus estados de una prosperidad perfecta, de una paz duradera, si que tambien por espacio de muchos siglos, no tuvieron sus sucesores que hacer otra cosa sino conservar lo que él habia hecho. Pues bien, si aquel grande hombre, á quien la sagrada Escritura tributó alabanzas justamente merecidas, despues de haber constituido su imperio, dirigiéndose á sus súbditos les hubiera dicho: he fundado un magnífico reino, he juntado la Media, la Persia, la Babilonia, el Asia Menor, pocos hombres han reinado sobre tantos pueblos; más ahora, degollaos, devoraos los unos á los otros; que las llamas arrasen vuestras ciudades, que las bandas de malhechores crucen el país, que el hambre os desuele, á vosotros, á vuestras mujeres, á vuestros hijos..... poco me importa; vuelvo á entrar en mi palacio, voy á disfrutar allí de un descanso que nada turbará, y os prohibo que vengais á importunarme con vuestros gritos y lamentos! Si el conquistador Ciro hubiese tenido un lenguaje semejante, en

logar de recibir las alabanzas de todo el género humano, hubiera sido su horror; los pueblos hubieran cubierto de todo su tumba, y la posteridad le hubiera impreso justamente el sello de una eterna condenación; ¿Y por qué, hermanos míos? porque no habría tenido providencia, porque no habría velado sobre su obra, porque la habría abandonado á la casualidad. Y si un hombre por no tener providencia es el horror del género humano, el hombre que no había creado esos pueblos y sin el cual se podía pasar; ¿cómo puede suponerse que Dios abandone la obra de sus manos, deje tantas criaturas tan nobles que tienen necesidad de él y no pueden pasarse sin él, que no han pedido su erección, y cuyo único crimen consiste en ser débiles, desgraciadas y estar desprovistas de todo? ¿Y por qué razon no ha Dios de gobernar el mundo? ¿Por qué no ha de extender su providencia universal sobre todos los seres? ¿Por ventura es esto indigno de él? ¿Temeremos que se deshonre? En efecto, hermanos míos, eso es lo que se ha alegado. Se ha dicho: es indigno de Dios aplicar su infinita inteligencia á semejantes minuciosidades; que Dios se contemple á sí mismo, que goce de espectáculo de sus infinitas perfecciones! Véase lo que es digno de la magestad suprema; pero no se nos diga que se ocupa de un grano de arena como el que habitamos, ni de una partícula de tierra como nosotros. Este es el lenguaje que se ha usado, no sé si ha sido sincero, porque es difícil reconocer el lenguaje de la inteligencia; pero se vé en él la inspiración de las malas pasiones, el interés del hombre perverso; pues si no hubiera Providencia, ya concebís que las malas pasiones tendrían el campo libre, todos los crímenes quedarían consagrados, se soltarían todas las riendas á la casualidad, todos las barreras serían destruidas. Es, pues, más que probable que los que han negado la Providencia seguían los impulsos de sus malas pasiones, los movimientos corrompidos que tenían lugar en el interior de su alma; y si lo han hecho con sinceridad, si han creído en lo que decían, es preciso confesar que sus palabras tenían bien poco fundamento; porque ¿cómo quereis que sea indigno de Dios gobernar el mundo, siendo así que Dios lo hizo, siendo así que, durante toda la eternidad, llevaba en su pensamiento el plan de este universo y tenía presente en los siglos de los siglos hasta un grano de arena, la yerba más pequeña, fijándoles su poesto en el plan universal, en la gerarquía de los seres? Lo que si fuera indigno de Dios sería el abandonar su obra, porque en este caso no tendría lealtad; sería cruel y le faltaría hasta la equidad, que de tiempo en tiempo encontramos en el más cruel de los padres de familia.

Dios se deshonraria, se dice, aplicando su inteligencia infinita á cosas tan pequeñas é insignificantes. ¿Cómo no se vé que esa Providencia universal es la más alta gloria de Dios, en lo que nos revela la inteligencia infinita que puede abrazarlo todo, al ángel, al hombre, á la flor, sin turbar su reposo? Y cuando un hombre mortal, al frente de una vasta administración, necesita ayuda, socorro, cuando le es indispensable una multitud de agentes subalternos bajo su dirección, ¿es esto una gloria para él? No! es la prueba de su debilidad é impotencia. Cuando, por casualidad, encontramos un hombre que, elevándose á una alta region por su génio, puede dirigir todavía sobre los menores detalles una mirada poderosa, nos admiramos con justo título. Y ¿por qué Dios se deshonraria ocupándose del insecto que se cubija entre la yerba? No, hermanos míos, su gloria infinita se cifra en extender su Providencia sobre todos los seres, y abrazarlos á todos sin excepcion.

Además, hermanos míos, todo cuanto pasa á nuestros ojos ¿no revela claramente la Providencia de Dios? ¿Tiene el mundo trazas de marchar á la casualidad? ¿Y giran á la ventura todos esos globos? ¿No marchan en un orden bastante bello? ¿Y no se suceden las estaciones con admirable regularidad? ¿Acaso no vemos todos los dias el cumplimiento de esta palabra; *A peris tu manum tuam: et implex omne animal benedictione*. «Señor, abres tu mano, y colmas de bendiciones á todos los vivientes? (SAL. cxlv, 16)». Si quisiéramos entrar en detalles, marcharíamos de prodigio en prodigio; lo poco que los hombres han visto, lo han hacinado en inmensos volúmenes, y al recorrerlos, se bendice, se alaba, se adora á la Providencia eterna, se llena uno de admiración. Y el hombre mismo ¿tiene acaso visos de un niño abandonado, el hombre sobre quien se derraman todos los dias torrentes de bendiciones? ¡Ah! hermanos míos, no necesito llevaros más alto en las regiones de la metafísica: os volveréis á vuestras casas, y ántes de gozar de vuestro descanso, cogereis el pan que sirve para conservar vuestra vida mortal en este mundo. ¿No sabeis, pues, que Dios, para darnos este trozo de pan vulgar, ha removido el cielo y la tierra, ha hecho circular innumerables astros, ha hecho lucir todos los dias su sol? ¿No sabeis que ha pedido al océano sus vapores, y enviado los vientos para distribuirlos, para derramarlos sobre la tierra desecada? ¿No sabeis que sometió al dominio del hombre animales terribles; que dió al sol sus maravillosas propiedades; que, luego, prohibió á las tempestades, á la piedra, al granizo, al insecto venir á devorar las cosechas que sirven para alimento del hombre; que, en fin, para transformar el trigo en sabroso

pan, puso á nuestra disposicion todos los elementos, el agua, el fuego y el aire, en una palabra, puso en movimiento el universo entero? Y sin embargo, ¿qué es un trozo de pan en comparacion de lo que Dios nos dá todos los dias? No podemos pues ménos de exclamar en vista de tantos prodigios: ¡Oh Señor! sí; vuestra Providencia es la que gobierna; así lo sentimos, así lo vemos todos los dias, y ha sido preciso ahogar la voz de la conciencia, extinguir las luces de la evidencia, para formular esa doctrina impía, esa doctrina salvaje que sostiene que Dios abandonó el mundo, que no se cuida de lo que pasa en él, que dejó entregados á su propia debilidad á todos los seres que colocó en el espacio.

3. Hé aquí, hermanos míos, la doctrina racional, la doctrina verdadera y pura: la Providencia se extiende sobre todos nosotros. Mas no sólo es racional, es tambien consoladora. Seré breve. No cabe duda, hermanos míos, que el que niega la Providencia, tiene una libertad ilimitada para obrar como quiera, si no es contenido por sus semejantes: consagra todas las inmoralidades, justifica, más ó ménos, todos los crímenes; no tienen nada que temer, porque, en su concepto, Dios no vela sobre el mundo, no recompensará la virtud ni castigará el mal. Mas tambien el que niega la Providencia profesa una doctrina bien triste y desconsoladora. Si posee los dones de la fortuna, si ha reunido en torno suyo cierto número de elementos de felicidad, ese hombre puede decirse: «No hay duda que hoy me ha sido favorable la suerte, he reunido con que pasar felizmente mi existencia; mas puesto que todo marcha á la casualidad, ó bien, todo gira en el círculo de la fatalidad, ¿quién me responderá que mañana, sin que sea culpa mia, sin que lo haya merecido, quién me responde que no seré aplastado bajo los pies del hierro del destino, como un insecto bajo las ruedas de un carro? ¿Quién me garantiza que no seré el juguete de la caprichosa casualidad, como la hoja que los vientos se disputan? Y entónces, en el seno de la desgracia, á quién me dirigirá, hácia quién subirán mis amargas quejas? ¿Quién escuchará mis desesperados gritos? ¿Será por ventura Dios? Mas ese desapiadado Dios abandonó desdenosamente su obra. ¿Será el destino? ¡Ah! el destino está sordo y ciego, y no responde á los gritos de los desgraciados, sino para descargarles golpes más terribles. ¿Será la casualidad quien me escuche? No, la casualidad se rie de nuestras angustias; son sus pasatiempos... Entónces, ¿hácia quién elevaré las manos y el grito de mi alma? ¿A quién invocaré? ¿Trataré de luchar? ¡Ah! no es posible luchar contra esos inexorables autores de mis males, que son más poderosos que yo. Luego viviendo bajo ese

gobierno tiránico, cruel é inicuo, aunque sea rico y feliz, me atormenta la inquietud, porque nadie puede responderme de un solo dia, siendo así que todo marcha á la casualidad y que el destino se burla de los hombres; si soy desgraciado, una inconsolable desesperacion será mi único patrimonio. Este, hermanos míos, es el lenguaje lógico; y dudo que el que ha negado la Providencia pueda dirigirse á sí mismo una palabra más consoladora: esa es su perspectiva, esa es su herencia en la tierra.

Por el contrario, el cristiano que cree en la Providencia, cuando considera á Dios como á su padre que vela sobre sus destinos, ¡oh! entónces, qué de pensamientos los más dulces y consoladores tienen lugar en el fondo de su alma! El universo, se dice á sí mismo el cristiano, es el imperio de Dios; y si Dios se ocupa de todos los seres, aún de los más ínfimos, qué no hará por el hombre, que es su imagen, por el hombre que brilla ya por sus gloriosas prerogativas! Si el universo es el imperio de Dios, el género humano es su familia y los hombres son sus hijos; entónces, ¿qué no hará Dios por los hijos que ama y á quienes tanto ha glorificado ya en este mundo? Lleno el cristiano de estos pensamientos, si llegan á descargar sobre él golpes terribles, no hay duda que los siente, y derrama algunas veces amargas lágrimas, porque es sensible y sabe lo que es padecer: lo experimenta, y á veces no deja esto de ser una cosa amarga; mas tambien su pensamiento y sus dolores se remontan á los cielos. Si se le arrebató un hijo, se dirige á Dios en medio de sus lágrimas y le dice: «Padre, vos me lo hablais dado; vos sabiais, con cuanto amor fijaba en él mi mirada y mi pensamiento, y que proyectos tenia formados para él en el porvenir. Vos me lo habeis quitado porque temiais que la malicia del mundo corrompiese su inocencia; vos habeis hecho de él un ángel!» Si le son arrebatados un padre, una madre queridos, cuando todavia esperaba tenerlos mucho tiempo delante de sus ojos, el cristiano llora en su interior, y dice: «Señor, estaban ya preparados para el cielo, los habeis hecho desaparecer; sin duda habeis querido que, desde lo alto de los cielos me rodeen de una proteccion más poderosa. Llorando, bendigo vuestra mano.» Si los dones de la fortuna son arrebatados al cristiano, se dice: «¡Dios mio! esto me es sensible, es cierto, no lo oculto; pero veo que reclamais de mí virtudes más fuertes, más sólidas. Quereis Señor, que viva en la adversidad, en el desprecio de las cosas de la tierra, que mis afecciones se dirijan más directamente hácia los cielos. Me resigno, porque veo el porvenir delante de mí; veo que vos sois inteligencia infinita, que teneis vuestros designios; pues bien, los sigo, me abandono á ellos.»

Si la tempestad ruge, si vé que el horizonte político se carga de amenazadoras nubes, teme, ruega á Dios se sirva alejar las desgracias: mas á pesar de todo, cuando ha hecho cuanto ha podido para conjurar la tempestad, no se abandona á una pusilánime desesperacion, se dice á sí mismo: «Dios es quien gobierna el mundo, Dios que tiene en sus manos todas las soluciones, nada marcha á la casualidad; si somos castigados, es porque nuestros crímenes han gritado muy alto, han subido hasta los pies del trono de Dios!...» Y el cristiano, con frente siempre serena, marcha al encuentro del peligro; y aún cuando el rayo le alcance exclama: «*Etiám si occiderit me, in ipso sperabo*. Señor, aún cuando vos me matéis, siempre esperaré en vos, porque vos sois mi padre, porque vos sois mi Dios, porque vos tenéis vuestros designios, que yo adoro y me abandono á ellos.»

¡Pues bien! hermanos míos, esa fe viva y práctica de la Providencia divina, nos reanima en el interior de nuestros corazones. Es cierto que vivimos en tiempos sobre los cuales no podemos contar; ignoramos los acontecimientos que se sucederán ante nosotros. De aquí á algun tiempo, quizás tengan lugar sucesos bien desgraciados. No olvidemos jamás que Dios es quien gobierna el mundo; si somos rigurosamente castigados, acordémonos que cuando la justicia divina descarga sus golpes aquí bajo, no hace otra cosa que preparar el camino á la misericordia. Retengamos sobre todo esta expresion, que todos los cabellos de nuestra cabeza están contados, que ni uno solo caerá sin orden y permiso del Padre celestial; y esta expresion, si la reteneis en vuestros corazones, si la necesitáis, será poderosa para consolaros, y más poderosa para tranquilizaros que cien mil hombres armados.

PROVIDENCIA.

(SOLUCION DE LAS DIFICULTADES DE LA)

Tua autem, Pater, providentia gubernat.

«Mas tu providencia, oh Padre, lleva el timon.»

(SALM. XIV, 3.)

Hermanos míos, ya sabéis que existe una Providencia. Creemos en la Providencia porque nos parece imposible no creer en ella, puesto que no podemos figurarnos que Dios haya producido criaturas para abandonarlas desdeñosamente; criaturas que no pueden vivir sin su incesante socorro. Creemos en la Providencia porque la vemos derramar constantemente sus beneficios en nuestro rededor, alimentar á todos los seres, y mantener una armonía general, que tanto nos admira y que constituye el encanto del universo. Somos apasionados á esa creencia porque nos complacemos en vivir bajo un régimen ilustrado, justo y lleno de solicitud por todas nuestras necesidades; y detestamos el error contrario, porque seria odioso vivir bajo el brutal y ciego régimen de la fatalidad ó del capricho de la casualidad.

Mas, hermanos míos, ¿hemos estado penetrados siempre de un profundo respeto por la Providencia? ¿No se han formado jamás en el interior de nuestros corazones y en nuestros labios culpables murmuraciones contra el gobierno divino? Aunque aprobamos la conducta general de Dios sobre el mundo, ¿no hemos viluperado con voz temeraria ciertos detalles que nos parecían perjudiciales á nosotros mismos? Guardémonos, hermanos míos, de hablar nunca de la divina Providencia sinó con respeto soberano. Es posible que no comprendamos perfectamente ciertas cosas, que muchos detalles parezcan extraordinarios y hasta injustos á nuestra débil inteligencia; mas no nos admiremos de no comprender el mecanismo de todos los resortes de una administracion tan complicada, ni explicar el juego de todas las ruedas del gobierno divino. Voy á exponeros hoy, y refutar bre-

vemente, algunas de las objeciones que se hacen ó repiten contra la Providencia. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Entre los detractores de la Providencia, no todos han disputado que exista. Los hay que han dicho: «sería demasiado atrevimiento negar la Providencia divina; no podemos ir tan allá, pero es preciso confesar que somete nuestra fé á una terrible prueba! ¿Por qué tantos males como pesan sobre el desventurado linaje humano? ¿Por qué ha de verse el hombre sujeto á una prueba tan cruel? ¿Por qué vemos los bienes y las riquezas prodigados á séres culpables, á séres sin corazón, sin entrañas ni dignidad, que merecerían ser la escoria y deshecho de la sociedad, y que sin embargo son los que la dirigen? ¿Por qué vemos con tanta frecuencia séres generosos, séres puros y santos, mujeres virtuosas, á cuyos piés debiera postrarse el mundo, por qué, repito, los vemos sepultados en males, desgracias y contratiempos tan crueles y tan constantes, relegados al fondo de una pobre habitacion, donde ni siquiera tienen unos miserables harapos con que cubrir sus ateridos miembros? ¿Séres angélicos, séres santos! Y esto durante una larga carrera. Si; creemos en la Providencia, creemos en ella con todo nuestro corazón; mas para conservar firmes en nosotros esa fé, es preciso que nos cubramos muchas veces los ojos, es preciso que cerremos nuestros oídos para no escuchar las quejas, los llantos, los dolorosos gemidos que llegan de todos los puntos del mundo. ¿Y qué otra cosa es esto que una Providencia que se complaciere en conducir á todos los hombres á la vida eterna, y que durante tantos siglos ha dejado á los desgraciados sumidos en las tinieblas del error? ¿Cómo explicar todo esto?»

Tales son, hermanos míos, las quejas que frecuentemente se repiten. Pues bien, nada más culpable que esas murmuraciones, ese descontento de los hombres cuya inteligencia es tan débil. Nosotros creemos que existe un Dios soberanamente bueno, soberanamente justo: ahora bien, yo os pregunto: ¿por qué no nos atenemos á eso? Sabemos que ama á todos los hombres, que vela sobre el universo; ¿qué más pues queremos? ¿Por qué alarmarnos, por qué fatigarnos, por qué torturar nuestra imaginación para encontrar en todas partes vicios de administración? Hay cosas que son superiores á nuestras luces, que no podemos explicar bien; no es extraño, hermanos míos. ¿Qué se infiere de aquí? En primer lugar, que no poseemos la ciencia del universo. Para vituperar una cosa, es preciso conocerla; si no se la conoce, nadie debe pronunciarse contra ella. Existe un gobierno, una Providencia universal; ¿y quién es el que puede lisonjearse de

poseer la ciencia del mundo, la ciencia del universo? Quién es el que no temblaría si Dios le dijese: Vamos á ver, gobierna tú en mi lugar! ¿Por qué pues vituperarle quien no conoce la ciencia del gobierno universal? ¿Un niño de diez años tendrá los conocimientos necesarios para gobernar un reino? No; pues bien, sería en extremo reprehensible si quisiera censurar, criticar las leyes, las ordenanzas. Que su hermano parta un día para ir á defender la patria, ¿hay cosa más bella y más racional? Y sin embargo, el niño gritará, se quejará; y si se le dice que su hermano parte por orden del jefe del Estado, el jefe del Estado no será á sus ojos más que un vil tirano, un sér odioso, el perseguidor de su familia. Que este mismo niño vea otro día que su padre toma de sus cortas rentas algunas monedas de oro para ir á depositarlas en las arcas del Estado; ¿no le parecerá esto una atroz injusticia y se irritará en el interior de su corazón, contra la avaricia del Estado, que de este modo le arrebatada el oro, del que ya está harto? Y lo mismo creerá de todos los demás detalles de la administración. ¿Por qué razon ese niño encontrará que censurar? Porque no posee la ciencia del gobierno de un reino. Los que han estudiado y conocen esta ciencia, encuentran todas esas medidas perfectamente legítimas, racionales y necesarias. Cuando criticamos, hermanos míos, lo que no comprendemos, lo que no conocemos, incurrimos constantemente en groseras equivocaciones. Alejandro era un grande hombre; pues bien, Alejandro se complacía en visitar algunas veces el obrador de Apeles, el pintor más célebre de la antigüedad; Alejandro queria razonar sobre la pintura, juzgar los cuadros del gran maestro; hablaba de ellos como si él mismo fuera uno de los más hábiles pintores; y los discípulos de Apeles se apartaban y se cubrían el rostro con las manos para reirse más libremente. Pues bien, cuando nosotros juzgamos á la Providencia, cuando la criticamos, los ángeles se reirían si nuestras murmuraciones y nuestras censuras no fuesen sacrilegios contra la divina magestad. ¿Encontramos en la Providencia muchas cosas que censurar! ¿Qué se infiere de esto? Se infiere que no creemos jamás las cosas sino exclusivamente. Tomar un detalle que tiene su razon de sér, su utilidad, su belleza en un plan general; tomar este detalle aisladamente y juzgarlo como si fuera una cosa completa, es el punto de vista más falso, es el medio de caer en constantes errores. Deberá censurarse un cuadro por que haya en él algunos tonos oscuros, algunos rasgos irregulares que son una belleza de primer orden en el lugar que ocupan? ¿Habrá motivos para encontrar horrible un paisaje porque al lado de todas las magnificencias de la naturaleza se perciban en

lontananza algunas rocas con profundas hendiduras. crestas irregulares coronadas de nieve? ¿Quién no vé que esto podría estar allí para producir un magnífico contraste? Y bien; el universo, el mundo es un conjunto, es una vasta epopeya, cuyo poeta es Dios; es un inmenso cuadro que Dios ha compuesto por sí mismo: todo se relaciona allí; todo está eslabonado, y nosotros no tenemos sino una inteligencia muy débil, cuando juzgamos, cuando nos concretamos á un detalle imperfecto; que se refiere, que está ligado á todo lo demás, que encierra la razon de su existencia en el conjunto del plan general. Y esta es la razon porque nuestros juicios son enteramente falsos. Los ángeles, las inteligencias de los bienaventurados que ven el conjunto del cuadro, encuentran admirable lo que á nosotros nos parece tan chocante, tan violento. Pero en fin, entremos en algunos detalles.

Se dice en primer lugar: «¿Por qué ha de haber tantos males como pesan sobre los hombres? ¿por qué ese conjunto de miserias que nos rodean? Si Dios es un buen padre, si tiene entrañas compasivas, ¿por qué séres tan débiles padecen constantemente á te sus propios ojos? ¿por qué no aligera en algo el peso que tienen que sobrelevar?» Dios, hermanos míos, aborrece el mal soberanamente, detesta el pecado; pero en cuanto á las penalidades temporales, á las calamidades y miserias de la vida, él es quien las envía: la santa Escritura nos lo enseña en estas palabras: *Bona, et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo sunt.* (Psal. xi, 14). Los bienes y los males, la pobreza y la riqueza, la muerte y la vida provienen de Dios. Los males vienen pues, y caen sobre el hombre desde la mano de Dios; pero tendremos por esto razon para rebelarnos contra la Providencia y declararla injusta? No, hermanos míos, ¿por qué? Porque la inmensa mayoría de los males que nos afligen, no caen sobre nosotros sino porque nos los atraemos por nuestros crímenes. Quitad del mundo los vicios, los crímenes; las criminales pasiones; desterrad tambien el libertinaje, la ambicion, el egoismo y las demás pasiones culpables, y de un solo golpe quitareis la gran mayoría de los males. ¿Qué quedará? Quitais desde luego muchas enfermedades, la miseria, el pauperismo, las guerras, los odios y las discordias. Quedarán los azotes naturales, la peste, el hambre, los terremotos, las inundaciones; pero aún estos azotes son en su mayor parte golpes que Dios dirige sobre el linaje humano, cuando está irritado contra él. Quitad pues del mundo los vicios y los crímenes, y desterrais tambien una gran parte de esos azotes naturales. ¿Qué queda? La vejez con sus achaques, cierto número de enfermedades inseparables de nuestra fragil existencia, y una porcion de males considerables

para impedirle que se adhiera demasiado á la tierra, sino que, por el contrario, lleve su frente elevada siempre hácia el cielo. Desterrad los vicios, desterrad las pasiones, y sin duda que la tierra no será un Eden; pero no es ménos cierto que comparada con lo que es al presente, sería un jardín de delicias. Y si esa multitud de calamidades, ese pauperismo, esas miserias, si tantos dolores como pesan sobre nuestros hermanos, no nos han herido sino porque los hemos atraído sobre nosotros, ¿por qué los cristianos nos hemos de sublevar contra la Providencia? No tenemos derecho para ello. El desgraciado que arrastra sus cadenas y su peso, sin duda que se halla sometido á este duro tratamiento por orden del príncipe ó por disposicion de las leyes, pero no tiene derecho para quejarse, porque él mismo es quien se ha atraído sobre sí este duro castigo. Así, pues, Dios es quien nos hiere, Dios quien nos envía los males: pero es porque los solicitamos, porque atraemos los golpes de su venganza. Nuestra es la falta. ¿Por qué el mundo es tan perverso, por qué las sociedades son tan corrompidas y el humano linaje se encuentra maledado de los piés á la cabeza? Esto es lo que debemos decirnos cuando vemos que hay tantos males en el mundo, y entónces sofocaremos muchas culpables murmuraciones, que es lo que nos dice la Escritura: *Unde bella et lites in vobis* (Psal. xi, 14). ¿De dónde provienen todas las guerras, todas las discordias y los males de toda clase?... *Ex concupiscentiis vestris...* ¿Acaso no proviene de vuestros vicios y de vuestras pasiones? Sí; porque no hay vicio ni pasion, por débil que sea, que no engendre en vuestro derredor muchas miserias, muchos dolores, muchos padecimientos. Nó, no es Dios quien formó ese primer plan, nosotros somos quienes lo hemos creado, nosotros somos quienes por nuestros vicios arrancamos las calamidades de la mano de Dios. Vosotros sabéis, que el primer designio de Dios nos era bastante favorable, la suerte que nos habia dado en el Paraíso terrenal era bastante hermosa para que pudiéramos decir como consecuencia, que si sómos desgraciados al presente, es porque hemos merecido lo que mas y más merecemos cada dia.

Mas si los hombres, continúan diciendo los detractores de la Providencia, por su culpable conducta se atraen sobre sí los males que diariamente los afligen, ¿por qué no están mejor repartidos en el mundo? ¿por qué los séres más viles están nadando en las riquezas, son incensados en todas partes, y á fuerza de intrigas deprimen y huellan la virtud? ¿por qué hay tantos hombres que se pavonean cuando deberian estar cubiertos de oprobio? Reconocemos, continúan esos mismos detractores, que las riquezas y el honor caen algunas veces

en manos bien puras; hay ricos que son la providencia de los pobres, los amigos del género humano: á esos, los bendecimos y damos gracias á Dios por haber puesto en sus frentes la aureola de la riqueza; mas ¡cuántos hay excesivamente duros, cuántos, cuyas miradas nos ofuscan y nos hacen dudar de la Providencia! ¿Por qué, pues, están esos colmados de bienes, si el bien es una recompensa? Hermanos míos, cuando Dios vé un hombre que camina en el mal, hace cuanto puede para conducirlo, para atraerlo á sí; le envía padecimientos, calamidades, castigos, y descarga á su alrededor terribles golpes. Cuando vé que un hombre se obstina en el mal, que quiere perderse, entonces Dios se inclina para observar muy de cerca la conducta de aquel hombre, y va reconociendo acá y allá, en los años de su vida pasada, algunas obras buenas, algunos pensamientos más puros, algunos actos de beneficencia; y como Dios no quiere retardar su pago, le dice: puesto que no quieres mi reino, puesto que hay en tu vida algunas particulares de virtud, ahí tienes el oro, ahí tienes los honores, toma, esa es tu recompensa; no será esto por mucho tiempo, porque tampoco tus virtudes han sido de larga duración! ¿Qué teneis que decir á esto? ¿Acaso esos hombres no han merecido las riquezas? No hagamos nunca al hombre peor de lo que es en realidad. Si ha practicado algunos actos de virtud, ¿por qué no ha de tener una recompensa cualquiera? ¿Acaso esta recompensa es demasiado grande? ¡Oh! no, hermanos míos, es bien poca cosa; esos hombres son aquellos de quienes se dice en la Sagrada Escritura: «Recibieron su recompensa, *Receperunt mercedem suam* (MATH. VI, 2); y añade S. Agustín: *Vani vanam*; hombre vano, recompensa vana.

Mas por qué, continúan replicando los adversarios de la Providencia, hay justos tan cruelmente oprimidos, que pasan sus días en las lágrimas, que la desgracia persigue con inexplicable encarnizamiento, y que apenas tienen algunas horas un poco más luminosas, un poco más tranquilas en esa larga noche que es la vida para ellos? Nuestro Señor Jesucristo decía á los judíos: «¿quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues bien, hermanos míos, ¿quién es el hombre que puede decir otro tanto? ¿Qué hombre hay justo en este mundo? El que así pudiera creerlo, que se levante. ¡Estais bien seguros que aquellos á quienes vosotros tomáis por justos, no tienen nada que expiar? ¿No ha tenido nunca lugar en sus almas nada que fuera culpable? Y si el ojo de Dios mira más de cerca su conducta, ¿creéis acaso que no descubra en ella nada de vituperable? La Sagrada Escritura nos lo dice: «Todos cometemos muchas faltas; *Neque enim est homo, qui non peccet* (II, PARAL. VI, 56), no hay

hombre que no peque. Entónces, pues, qué teneis que decir si esas faltas, yo quiero suponerlas muy poco considerables, si esas faltas las castiga Dios en este mundo, para manifestar luego toda su bondad y ternura cuando entremos en la eternidad? ¿Qué hay en esto de extraordinario? Y yo supongo que sean justos, es decir, que no hayan cometido jamás sinó faltas muy leves, inseparables de la fragilidad humana. ¿Es bien seguro, que si Dios les diera riquezas, si los colmase de honores, conservarían su virtud? por ventura, ¿no se han visto marchitarse muchas virtudes al viento de la prosperidad, desaparecer en el gran día? Y los dolores y los pesares, la pobreza y la miseria, ¿no son algunas veces un bálsamo que impide á la corrupción penetrar en la virtud? Si Dios les enviase la riqueza, tal vez á vuelta de algunos años, todas estas admirables virtudes habrían ya desaparecido de su corazón, para no dejar, como suele acaecer, más que egoísmo y libertinaje. Dejad pues que Dios los conserve en un estado de abatimiento y humillación; no los priveis de lo que es su salvación, su más rica fortuna, su garantía, su salvaguardia. Suponiendo que hechos ricos hubieran perseverado en sus virtudes, ¿tendrían ese heroísmo, ese esplendor de que se revisten en el seno del dolor? ¡Ah! si hubierais visto, durante los tres primeros siglos de la Iglesia, como aquellas vírgenes tan puras, aquellos venerables pontífices, aquellos hombres irreprochables marchaban á la hoguera y subían al suplicio, exasperados hubierais arrancado aquellas víctimas á los horribles tormentos. Pues bien, los hubierais obligado á descender de su trono, hubierais hecho pedazos su corona, ya que lo que al presente los corona en el cielo, son precisamente los dolores, los males de que hubierais querido sustraerlos por un impulso de compasión mal entendida. Además, los verdaderos justos no se quejan de que Dios los pruebe. ¿Os parece una quimera el que un sér humano estime los padecimientos? No, hermanos míos, no es una quimera, es una gran realidad, es una santa realidad. Las almas que han deseado el sufrimiento, que lo han amado, que han suspirado por él, esas almas no se quejan de la prueba, no se quejan de la humillación; piden á Dios que las conserve en este estado durante toda su vida mortal, y cuando llegue el tiempo de abandonar este mundo y entrar en la eternidad, lo que tienen de más precioso en sus manos y sobre su frente, son precisamente los sufrimientos que nos han escandalizado, hasta el punto de excitar en nuestros corazones murmuraciones culpables. Así pues, dejemos á la Providencia obrar y gobernar el mundo; no tenemos derecho de criticarla, no tenemos conocimientos suficientes para juzgar un gobierno tan vasto.

2. Pero se ha hecho tambien otra objecion mucho más terrible, que ha sido contestada largo tiempo, y que se puede sin embargo destruir en pocas palabras. Esta objecion, que se dirige contra la Providencia sobrenatural de Dios, se reduce á decir: Dios es una Providencia sobrenatural, quiere pues salvar á todos los hombres, quiere conducirlos á su bienaventurado fin. Sin embargo, si examinamos los tiempos que precedieron á Nuestro Señor Jesucristo, vemos casi toda la superficie de la tierra entregada á la idolatría, abismada en las tinieblas; hasta en nuestros dias hay multitud de pueblos que no han conocido la verdad. ¿Cómo pueden salvarse esos desgraciados? ¿Cómo pueden llegar á la salud? ¿Dónde está pues la Providencia, siendo así que la Providencia es el acto continuo en virtud del cual Dios conduce todos los seres hácia su fin?—No es necesario que nosotros veamos los resortes de la Providencia, que los veamos funcionar á nuestros ojos; tenemos ciertos principios: Dios quiere que todos los hombres se salven; luego cuando Dios quiere un fin, quiere tambien los medios; de donde se sigue que dá á todos sin excepcion el medio para salvarse, el medio de llegar á la salud eterna. No lo comprendemos, hermanos míos; basta que Dios comprenda como se ejecuta su Providencia; nosotros no tenemos necesidad de comprenderla. Mas en fin, todos los hombres tienen los medios de conseguir la salvacion eterna. ¿Qué era preciso á los que no eran hebreos para salvarse? ¿qué es lo que Dios les pedia? ¿les pedia imposibles? ¿les pedia lo que reclama de nosotros? No, hermanos míos; lo primero que necesitaban, era ejecutar, cumplir fielmente la ley natural. Los judíos tuvieron la ley de Moisés, nosotros tenemos la ley de Cristo; y los que no eran hebreos tenían la ley natural. Para ejecutar y cumplir fielmente la ley natural, despues del pecado del primer hombre, se necesita la gracia de Dios: ahora bien, ¿quién se atreverá á decir que Dios no dió la gracia á los que no eran hebreos? ¿Era acaso difícil á Dios hacer que la gracia descendiera á torrentes al corazón de aquellos hombres diseminados sobre la superficie del globo, siendo así que el mismo Dios nos repite incesantemente que quiere la salvacion de todos? ¿Hay cosa más sencilla que creer, y estamos obligados á creerlo, que aquellos hombres tenían, en el fondo de su alma y recibían constantemente del cielo gracias naturales y superabundantes para cumplir perfectamente sus obligaciones? y nos complacemos en creer, que un gran número de ellos fueron fieles. ¿Qué más les faltaba? Les faltaba creer en ciertas verdades, pero en todo lo que es objeto de nuestra fé; pero no, al ménos de una manera explícita, en todo lo que los judíos estaban obligados á creer bajo

la ley mosaica. ¿Cuál era su símbolo? Debían creer en Dios, remunerador de la virtud y vengador del vicio; debían creer en la redencion, con una fé implícita, en la redencion, por los medios que la Providencia juzgase á propósito emplear. Tal era su símbolo. Para creer en este símbolo tan sencillo, para creer en él con fé sobrenatural, necesitaban de la gracia de Dios, que jamás les fué negada. El hombre falta muchas veces á la gracia, la gracia de Dios no nos falta jamás cuando queremos emplearla. Además de la gracia interior, necesitaban la manifestacion de ciertas verdades tan sencillas como poco numerosas. Ahora bien; ¿les fueron manifestadas suficientemente estas verdades? Si, hermanos míos, muy suficientemente. En un principio, hasta la vocacion de Abraham, es decir, durante más de dos mil años, el verdadero Dios era universalmente conocido: no habia idolatría; las primitivas verdades se conservaban en toda su pureza nativa; habia muchos vicios, mucha inmoralidad; el diluvio pasó sobre el mundo culpable; pero no creemos que hubiese errores. Aquellos hombres llevaban la verdadera fé en sus corazones. Esto es tan cierto, que en el momento del diluvio, sin otra predicacion que la voz de las grandes aguas, hubo gran número de ellos que se convirtieron, pidieron perdon á Dios y se salvaron. Esto es lo que nos enseña el apóstol S. Pedro, cuando dice, que el alma de Cristo, en los dias que precedieron á su resurreccion, descendió al Limbo para consolar á los que habian hecho penitencia ántes de la consumacion de aquella gran catástrofe.

Así pues, hasta la vocacion de Abraham, es decir, durante más de dos mil años, la verdad reinó en todo el mundo; el verdadero Dios era conocido, su culto estaba en vigor por todas partes. ¿Qué dificultad habia para que aquellos hombres se salvaran? Sin duda que no tenían tantas gracias como nosotros, pero Dios no les pedia tampoco tanto como exige de nosotros los cristianos. El error hizo su invasion un poco más tarde: ¿abandonó Dios á los que no eran hebreos? Toma á Abraham, lo hace depositario de sus dogmas, que era esencial conocer, y que formaban la constitucion del pueblo judío. El pueblo judío no fué un pueblo particular, sobre el cual deramó Dios sus favores especiales, únicamente en beneficio suyo; el pueblo judío fué el gran preceptor del mundo, el archivero del género humano. Notad tambien que pasó muchos años en Egipto, y ¿por qué? Porque el Egipto era el asilo de la sabiduría, porque en todos los siglos, debían verse á los sabios que brillaban en las naciones, venir á instruirse en la sabiduría de los egipcios. En efecto, todos los filósofos fueron sucesivamente á beber á aquella fuente; es

porque Dios quiso, que durante muchos siglos, los egipcios estuviesen en contacto continuo con los judíos, á fin de que los primeros recibiesen una impresion inefable de la verdad, y la retuviesen hasta el fin. Entónces los judíos, en medio de los más brillantes prodigios, vinieron á tomar una posicion única, se establecieron en los confines de Europa, del Africa y del Asia, para que la verdad pudiera brillar desde allí y alumbrar á todo el universo; hicieron alianza con los pueblos más poderosos, con los sirios, con los fenicios, que eran los grandes navegantes, que dirigían sus flotas á los puertos que habian construido en todas partes. Los judíos pues, les seguian en sus expediciones, y mientras que aquellos trasportaban el oro y la púrpura, los judíos llevaban la verdad á todos los puntos del mundo; y cuando un pueblo comenzaba á cerrar los ojos á la verdad sagrada, los judíos la hacian resplandecer ante él. Hicieron alianza con los babilonios, los medos, los persas, señores sucesivamente de aquel vasto territorio del Asia, en donde se habian reunido todas las familias del mundo. Los judíos hicieron alianza, no solamente con estos pueblos, sino tambien con los griegos, á quienes llamaban sus hermanos; con los romanos, quienes los rodeaban de una poderosa proteccion. Mas cuando Dios vió que el mal tomaba incremento, tomó sucesivamente el reino de Israel y el de Judá, y lo dispersó por toda el Asia. Allí, este pueblo extraordinario excitaba la admiracion de todos; su culto aparte, sus leyes, sus ceremonias, sus libros, en los que se contenian las verdades sagradas, fijaban las miradas del pueblo, y todos los hombres de buena voluntad veian la verdad ante sus ojos; así que, era venerado en todas partes, ocupaba los primeros puestos en la corte de los reyes: los judíos estaban á la cabeza de los sábios, y aquellos poderosos conquistadores, de quienes se habla en la Sagrada Escritura y la historia profana, publicaban muchas veces, despues de haber admirado las grandes maravillas de que eran testigos, publicaban un edicto dirigido á todos los pueblos, en que se recomendaba el culto y conocimiento del verdadero Dios. Los judíos penetraban siempre cada vez más, porque el error penetraba tambien, y era preciso tener continuamente abierto un libro ante los ojos de los pueblos gentiles para que pudiesen leer en él la verdad. Los judíos fueron pues hasta las extremidades del mundo, penetraron en las últimas fracciones de las tribus nómadas; tuvieron tambien un templo en Alejandria y escuelas públicas. ¿Por qué así? porque era preciso oponer un dique al error; porque era preciso contrabalancear; porque era preciso, además de las tradiciones primitivas, que la verdad estuviese bajo la vista y la mano del hombre. Así notamos

en el libro del apóstol S. Lucas, que cuando los judíos acudieron á Jerusalem para celebrar la Pascua, acudieron, no de las comarcas vecinas, no de las fronteras, sino de todas las extremidades del mundo. Los judíos, pues, los gentiles, además de las tradiciones primitivas, además de las luces de su razon y la afluencia continua de la gracia, tenian en todas partes la verdad necesaria ante sus ojos. ¿Quién les impedía creer? ¿Quién puede expresar el número de los que se adhirieron á las santas verdades, en virtud de la gracia que tenian en su alma? Y si ciertas naciones de nuestros días, como en los tiempos antiguos, han parecido ménos favorecidas, ¿quién nos impide creer que el auxilio interior fué de tal modo abundante que ha podido suplir á lo que les faltaba en punto á la enseñanza exterior? Por que Dios no es avaro de su gracia, es pródigo, la derrama con abundancia, y todo hombre que sale de esta vida para sufrir su condenacion, puede decirse á sí mismo: Si he caminado mal, si he caido, es por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Dejemos pues á la Providencia sobrenatural de Dios. Quiere salvar á todos los hombres, dá á los unos más, á los otros ménos. Pedia ménos á los gentiles, pedia más á los judíos, pide mucho más á los cristianos: á los gentiles habia dado ménos, á los judíos más; á nosotros mucho más; y así tenemos que dar cuenta de mucho. No nos inquietemos inútilmente por la suerte de aquellos que no nos están confiados; procuremos sólo de que no se realice en nosotros esta palabra de la Escritura: «Vendrán muchos del Oriente y Occidente que se sentarán á la mesa del festin, mientras que los hijos del reino serán lanzados fuera.» Esto es lo que desgraciadamente sucede á muchos cristianos: quizá, cuando estaban en el mundo, se indignaron contra la Providencia, que habia abandonado á los gentiles, que habia desamparado á las pobres poblaciones bárbaras; y cuando comparezcan ante Dios, cuando se celebre el gran juicio universal, quedarán admirados al ver que la venganza de Dios recae sobre ellos, por haber abusado de las abundantes luces del cristianismo, en el cual han vivido, mientras que esos pobres pueblos, perdidos en las extremidades del universo, y que parecian abandonados de la Providencia divina, subirán y marcharán á sentarse en el seno de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Nosotros seremos grandemente responsables ante Dios. Los gentiles tuvieron sus deberes que cumplir; si los cumplieron, han sido recompensados, ó bien, si los han violado, han sido justamente castigados. Hermanos míos, pensemos solamente en los deberes que nosotros tenemos; son muy graves; Dios hace lucir sobre nosotros

muchas luces, nos dá torrentes de gracia, y así tendremos que darle una terrible cuenta. Aprovechémonos pues de sus gracias y socorros á fin de que el día que nos llame á comparecer á su presencia, podamos decirle con confianza, los unos: «Señor, vos me habeis dado cinco talentos, y he ganado otros cinco;» los otros: «Señor, vos me habeis dado dos talentos y he ganado otros dos;» y los que hayan sido ménos favorecidos: «Señor, no he recibido más que un talento y he ganado otro.» Y el Señor les dirá: «Duenos y fieles servidores, habeis hecho producir á los talentos que os confié en partes desiguales; venid á reinar conmigo en esta ciudad eterna, cuyas murallas son de jaspe, cuya luz es la luz del cordero, cuya armonía es la de los coros celestiales. Esta gracia os deseo á todos.

PROVIDENCIA,

(ACCION DE LA)

III.

Accepti Jesus panes, et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus.

Jesús tomó los panes, y despues de haber dado gracias á su eterno Padre, repartiólos entre los que estaban sentados.

(JOANN. VI, 11.)

No podemos considerar sin asombro la prodigiosa multiplicacion de los panes, ese milagro particular de la Providencia.

¿Cómo podemos cerrar los ojos á los continuos milagros de la Providencia, en medio de los cuales vivimos y por los cuales subsistimos? Estamos tan acostumbrados, y este uso comun nos vuelve tan insensibles á ellos, que los unos, por impiedad, osan disputar á Dios el gobierno del mundo, y los otros, por debilidad, osan desconfiar de su auxilio, pasmados unos y otros de los desórdenes escandalosos que cada día están viendo. Lo que á los unos sirve de razon para dudar, y

á los otros para murmurar de la Providencia, sírveme á mí de convicción para adorarla y defenderla.

Esta ley sabia, la cual nunca se aparta de Dios, está comprendida en estas palabras de S. Agustín: *Dominus habet curam tui, securus esto, nusquam tibi deest; tu illi non deesse.* Tenemos un Dios que cuida de nosotros, y que no nos faltará si no le faltamos. El pueblo que, atento á las lecciones de Jesucristo, le seguia por los desiertos y por los campos, ¿faltaba á Dios? Y esta Dios, fiel en sus promesas, que empleaba hasta los milagros para socorrer á sus hijos, ¿faltaba á su pueblo?

Establezcamos pues en este discurso dos verdades para consuelo de los afligidos y para confusion de los impíos. La primera, que *la Providencia no nos falta;* y la segunda, que *somos nosotros quienes faltamos á la Providencia.* A. M.

1. ¿Qué es la Providencia? Paganos y cristianos, todos convendrán en que es una razon superior que conduce todas las cosas á su fin, por medios proporcionados á su estado y naturaleza: *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (SAP. VIII, 1). Siguese de aquí, que la Providencia debe proveer á las necesidades de los hombres en general; esta es la que yo llamo *Providencia universal*. Tambien debe proveer la Providencia á las necesidades de los hombres en particular, y esta es la que yo llamo *Providencia particular*. Además, siendo el alma lo más noble de nosotros, la Providencia ha debido atender á ella por el interés de su inmortalidad.

La Providencia universal se extiende á todo, arregla los intereses generales y los particulares, pero rige con leyes generales. Vedlo en el ejemplo de la multiplicacion de los panes. Los discípulos quieren despedir á la muchedumbre, pero la divina Providencia sabe que ésta tiene hambre y pregunta á los discípulos si tienen viveres. Ellos sólo se cuidaban de sus necesidades particulares, pero el Señor atiende á las necesidades generales. Por más carinoso que sea con sus discípulos, les olvida en esta ocasion en provecho comun, y les quita las provisiones, por más cortas que sean, para socorrer con ellas al pueblo indigente.

El hombre en su egoismo lo reduce todo á sí; Dios, por el contrario, sigue en estas leyes este principio: *El bien público debe prevalecer contra el particular.* ¿Murmurais de la desigualdad de las condiciones? ¡Ah! esta situacion, que parece chocante, es necesaria. En la igualdad de poder, todos se negarian uno á otro obediencia; en

la igualdad de bienes, todos se negarían al servicio y socorro mutuo. Esta sabiduría universal, pues, mantiene, las diversas partes del género humano en la unión y en la acción, con la subordinación mutua. ¿Murmurais del crecido número de criaturas molestas y perjudiciales que Dios ha derramado en el universo y que parecen afezar la hermosura de su obra? Estas criaturas son más útiles de lo que creéis y cada una de ellas alaba á Dios á su manera. ¿Murmurais de la conducta desigual de Dios en la distribución de los castigos y en la economía de su justicia? La gran sabiduría de Dios consiste en dejar al hombre toda su libertad, y en reservar su justicia para otra vida. Castiga ó premia alguna vez en este mundo; pero no guarda ninguna uniformidad, y esto es sabiduría. *Pausa in hoc saeculo puniens, ne divina Providentia non esse credatur; multa servans ultimo examini, ut futurum judicium commendetur*; así se expresa S. Agustín.

Por Providencia eterna entendemos la acción de Dios sobre las criaturas, por el interés de su salvación eterna. Esta acción de Dios es noble y digna de él, pues si en todo busca su gloria, más quiere hacer santos que reyes: *Querite primum regnum Dei, et justitiam ejus; et haec omnia adjicientur vobis* (MATTH. VI, 33). Hé aquí los escándalos del mundo, con respecto á esta Providencia: ¿Por qué prosperan los malos y gimen los justos? La respuesta está en esta verdad consoladora: Cuanto se hace en el mundo se hace únicamente en provecho de los escogidos. 1.º Para purificar la virtud y hacerla digna de ser coronada en el cielo, han de mediar, según la fe, luchas, dificultades, persecuciones. Las tribulaciones del justo son pues útiles. Por otra parte, el justo es siempre imperfecto, y por eso habrá de sufrir los males de esta vida. 2.º El malo ha tenido actos meritorios en su vida, y como estos actos merecen premio, lo tendrán en las prosperidades de este mundo. No siendo dignos de la vida eterna, es bien que tengan los bienes de esta. Así fueron recompensados los romanos, dice S. Agustín; así fueron premiados tantos hombres ilustres, pero enemigos de Dios. La Providencia, pues, no falta al hombre; nosotros somos los que faltamos á ella, y faltamos principalmente de cuatro maneras.

2. Primeramente le faltamos con nuestra codicia. Dios se ha encargado de atender á nuestras necesidades; pero ¿se ha obligado á satisfacer todos nuestros deseos, á saciar nuestra codicia? Este es empero el motivo de nuestras quejas, al ver que Dios no condesciende á todos nuestros designios, á los planes de riqueza y placeres que nos trazan nuestras pasiones. Estos excesos no son nuestras verdaderas

necesidades, sino necesidades imaginarias, incompatibles con el bien común del universo, que debe ser objeto de la Providencia universal. En vez de saciar vuestra ambición, Dios debe templarla.

La segunda oposición es la de la ociosidad. La Providencia no tiene ojos para los que no velan con ella. Es preciso obrar con Dios, si queremos que Dios obre con nosotros. Así lo han hecho los santos, y tal es también el ejemplo de Jesucristo. No fué la sola espada de Dios la que venció á los medianías, sino la espada de Dios y la de Gedeon: *Gladius Domini et Gedeonis*. Trabajo, fuente de grandeza y elevación para las familias; ociosidad, causa de decadencia y ruina. Efecto de la Providencia de Dios. ¿Qué hacen empero los ociosos? *Desideria occidunt pigrum... Tota die concupiscit et desiderat* (PROV. XXI, 23, 26). Pero cualesquiera que sean sus deseos, no los verán satisfechos, porque está puesto en orden que el ocioso permanezca en su nulidad, y que no queriendo hacer nada, nada sea.

La tercera oposición son las malas costumbres. Los paganos imputaban á los cristianos las desgracias ocasionadas por las invasiones de los bárbaros. S. Agustín les respondía que debían imputarlas al desarreglo de sus costumbres, al desprecio por la antigua disciplina, á la licencia de los soldados, á la avaricia de los magistrados, á la ambición de los grandes, á su desunión. Lo mismo os digo, pecadores: vosotros imputais á la Providencia el desorden de vuestros negocios; imputadlo á vosotros mismos y á vuestros desórdenes. El desfilfarro os ha llevado á la indigencia, el libertinaje á la enfermedad, la soberbia, la altivez y la insolencia al abandono de todos vuestros amigos. Aunque no hubiese Dios, ni Providencia, vuestra conducta, vuestras acciones os reducirían á ese punto.

La última oposición es nuestra impaciencia. Hé aquí uno de los hermosos títulos de Dios: *Altissimus est enim patiens redditor* (ECC. V, 4). Nosotros vemos el presente no más, y eso es lo que nos vuelve impacientes. Aguarda, y se os hará justicia, y todo volverá al orden. Judith aguarda la ocasión oportuna, y el pueblo de Dios está salvado. Job aguarda; José aguarda en su cárcel, y de ella sale virey de Egipto. «Quien levante la voz contra su padre ó contra su madre, sea castigado de muerte (EXOD. XXI, 17).» Esta ley, dice San Juan Crisóstomo, se dió en el antiguo Testamento, esto es, en una época en que Dios no exigía de los hombres que se aplicasen á la perfección, y en que les encubría aún su divinidad... Si pues aún en aquel tiempo creyó Dios conveniente pronunciar semejante anatema, en él incurrer los hombres de hoy que viven en un tiempo en que la verdad se ha descubierto del todo; en él incurrer, repito, cuando no

temen levantar una voz impía, no solo contra su padre ó su madre, segun la carne, sino contra Dios mismo, su padre celestial (HOMILIA II, SOBRE LA PROVIDENCIA). No nos quejemos pues de la Providencia; quejémonos de nosotros mismos, que faltamos á ella; y en lo sucesivo aprovechemos sus beneficios si queremos ser, como os lo deseo, eternamente dichosos.

DIVISIONES.

PROVIDENCIA.—Hay que fiar en la Providencia divina.
Hay que desconfiar de la providencia humana.
Hay que tener la providencia cristiana.

PROVIDENCIA.—La obligacion en que nos hallamos de poner nuestra vida corporal en manos de la Providencia, no disculpa nuestra ociosidad.

La obligacion en que nos hallamos de poner nuestra vida espiritual en manos de la Providencia, no excusa nuestra temeridad.

PROVIDENCIA.—Manifestamos que reconocemos una Providencia cuando estamos tranquilos en nuestra necesidad.

Manifestamos que aguardamos algo de la Providencia cuando somos moderados en nuestro comercio.

Manifestamos que servimos á la Providencia cuando somos magníficos en nuestra liberalidad.

PROVIDENCIA.—Todos los cristianos deben abandonar-se al arbitrio de la Providencia en las prácticas de la religion.

Todos los pobres deben merecer las gracias de la Providencia por sus obras de piedad.

Todos los ricos deben secundar los designios de la Providencia con obras de misericordia.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Quis præparat corvo escam suam, quando pulli ejus clamant ad Deum vagantes, eo | ¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus pollitos le vantán sus graznidos hácia Dios,

quod non habeant cibos? Job. xxxviii, 41.

Junior fui, etenim senui: et non vidi justum derelictum, nec semen ejus querens panem. Psalm. xxxvi, 25.

Domínus regit me, et nihil mihi deerit. Ps. xlii, 1.

Tacta super Domidum curam tuam, et ipse te enutriet. Psalm. lvi, 25.

Pusillum et magnum ipse fecit, et æquæliter cura est illi de omnibus. Sap. vi, 8.

Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter. Idem. viii, 1.

Non est alius Deus quàm tu, cui cura est de omnibus. Idem. xii, 15.

Idco dico vobis, ne solliciti sitis animæ vestre quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Matth. vi, 25.

Respicite volatilia cæli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea: et Pater vester cælestis pascit illa. Idem, ibid. 26.

Nolite ergo solliciti esse, dicentes: quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Idem, ibid. 34.

yendo de un lado á otro *del nido*, por no tener nada que comer?

Jóven fui, y ya soy viejo: mas nunca he visto desamparado al justo, ni á sus hijos mendigando el pan.

El Señor me pastoréa, nada me faltará.

Arroja en el seno del Señor tus ansiedades, y él te sustentará.

Al pequeño y al grande él mismo los hizo, y de todos cuida igualmente.

Abarca fuertemente de un cabo á otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad.

No hay otro Dios sinó tú, que de todas las cosas tienes cuidado.

En razon de esto os digo, no os acongojeis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, ó de donde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo.

Mirad las aves del cielo, cómo no siembran ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta.

Así que no vayais diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos que comer y beber? ¿Dónde hallaremos con que vestimos?

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Todo lo que hay en el mundo desde su creacion nos prueba de un modo irrecusable la providencia con que Dios todo lo gobierna,

conserva y dispone. Interminable sería nuestro trabajo, si pretendiéramos citar aquí todos los ejemplos de la providencia de Dios que nos ofrecen los libros santos; por esto escogeremos los más principales para que sirvan de alguna utilidad al orador.

Dios no se limitó á formar á Adán y Eva, sino que les dió la órden de multiplicarse, de sujetar á su imperio todos los animales: les dió una ley, de cuya observancia dependió siempre la felicidad, como la desgracia de su violación.

Decidido á purificar la tierra de un número de iniquidades por medio del diluvio universal, manifestó una providencia verdaderamente paternal y no ménos milagrosa con Noé y su familia, salvándolos de la comun ruina (Gen. 7, 8, 9).

Deseoso de manifestar su misericordia al pueblo de Israel oprimido por los egipcios, le libra de la esclavitud, lo alimenta y defiende con una solicitud que solo puede compararse, segun dice Dios, á la de una gallina que cobija sus hijuelos debajo de sus alas (MATH. XXIII).

La misma providencia habia manifestado respecto á Abraham, llevándolo á un país extranjero, prosperando sus bienes, defendiéndole de sus enemigos y vinculando á su descendencia las más grandes promesas.

No brilla ménos la providencia divina sobre Isaac, Jacob, José, David, Tobías y otros justos, en cuyo favor, cuando fué necesario, obró Dios los más estupendos milagros, para que jamás pudiera decirse que uno sólo de los que habian esperado en Dios hubiese sido abandonado.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Deus in omnia sufficit, nec potest esse perspicacia previcator. Tertull.

Si enim est Deus, utique providens est: alterum sine altero, nec esse prorsus, nec intelligi potest. Lactant. De ira Dei.

Quis de providentia dubitet, cum videat caelos terramque, sic disposita, sic temperata esse universa, ut non modo ad pul-

Dios todo lo abarca, y no puede ser falto de prevision.

Si existe un Dios, necesariamente debe ser próvido, porque lo uno sin lo otro no puede ser, ni aún concebirse.

¿Quién puede dudar de la providencia de Dios, al ver que en el cielo y en la tierra todo está dispuesto y armonizado de tal mane-

chritudinem ornatumque mirabilem, sed ad usum quoque hominum, caterorumque viventium commoditatem optime conveniant? Idem Instit. div. cap. 1.

Sic (Deus) unumquemque nostrum tanquam solum curas, et sic omnes, tanquam singulos. S. Aug. lib. 3 Conf. cap. 11.

Nulla creatura est, que non, velit nolit, divine providentia serviat. Idem in Epist. ad Galat.

Majus miraculum est gubernatio totius mundi, quam saturatio quinque millium hominum de quinque panibus. Idem Tract. 24 in Joann.

Miro modo fit, ut quod sine voluntate Dei agitur, voluntati Dei contrarium non sit, quia ejus consilio militant etiam, que ejus consilio repugnant. S. Gregor. lib. 6 Moral.

ra, que no sólo sirve para el embellecimiento, sino también para utilidad del hombre y conveniencia de todos los demás seres animados.

Así (Dios) cuidas de cualquiera de nosotros, como si solo cuidases de él; y así atiendes á todos, como si fuese solo uno.

No hay criatura que, quiera ó no quiera, no sirva á los designios de la Providencia.

Mayor milagro es gobernar á todo el mundo que saciar con cinco panes á cinco mil hombres.

Sucede prodigiosamente que lo que se hace contra la voluntad de Dios contribuye al cumplimiento de sus designios, sirviendo á su providencia aquello mismo que parece oponérsele.

Véase: VIRTUD.

PRUDENCIA.

Prudentiam voca amicum tuam.
Llama amiga tuya á la prudencia.

(PROV. VII, 4.)

No hay cosa más aplaudida que la prudencia; pero tampoco hay cosa ménos practicada, y hasta ménos entendida que esta virtud. Son